

LIBRO TERCERO

LA CUESTIÓN DE ORIENTE

(EXTRACTO DE LA OBRA DE M. DE LA GORCE)

- SUMARIO: I.—De cómo renace la cuestión de Oriente; peregrinos y religiosos en Palestina: los *Santos Lugares*.—Primeras rivalidades de los religiosos griegos y latinos: Capitulación de 1840: usurpaciones de los griegos: primeras reclamaciones del gobierno francés (1850).—La Sublime Puerta: mezcla de indiferencia y de perplejidad: igual temor de Rusia y Francia: comisión mixta, intervención del zar, comisión musulmana, firmán de 9 de febrero de 1852: firmán contradictorio concedido á los rusos.—Escenas de Jerusalén; de cómo se revela la doblez turca.—Moderación del gobierno francés: proyecto de inteligencia directa entre Francia y Rusia; de cómo la cuestión de los Santos Lugares va á absorberse en una cuestión más grave.
- II.—El emperador Nicolás: extensión de su poderío; su prestigio en Europa; su carácter: sus disposiciones morales y sus miras ambiciosas en 1853; motivos de temor y razones para tranquilizarse.—De qué modo el porvenir había de justificar las previsiones de los más alarmados.—Conferencias del zar con Sir Hamilton Seymour (enero y febrero de 1853): extrañas insinuaciones hechas á Inglaterra: de cómo el gabinete británico declina estas peligrosas insinuaciones.
- III.—La embajada del príncipe Menschikof; llegada del príncipe á Constantinopla; aparato inusitado; altiva supresión de la etiqueta.—Inquietudes en Constantinopla: el Sr. Benedetti y el coronel Rose.—Diferencia de actitud entre Francia é Inglaterra; previsión del gabinete de las Tullerías: seguridad del gabinete británico y esfuerzos de la diplomacia rusa para mantener esta seguridad.
- IV.—Sir Stratfort de Redcliffe; quién era este personaje: su influencia en la Puerta Otomana: en qué estado encuentra á Constantinopla.—Incertidumbre sobre el objeto de la misión Menschikof: primeras confidencias del embajador ruso á los ministros turcos; primer despacho de Stratfort disipando las ilusiones del gobierno inglés.—Comunicación oficial de Menschikof; pretensión de la Rusia á ejercer una especie de protectorado sobre los súbditos griegos de la Puerta: nota del 19 de abril.—Importante despacho de Stratfort á lord Clarendon.—Arreglo de la cuestión de los Santos Lugares (4 de mayo).—Ultimátum de Menschikof (5 de mayo): negativa de la Puerta: últimas negociaciones.—Ruptura.—Menschikof se vuelve á Odesa.
- V.—Impresión en Europa: Austria, Prusia, Francia é Inglaterra.—Comunidad de miras entre los gabinetes de Londres y París.—El gobierno ruso: el Sr. de Nesselrode y su cambio de actitud; última intimación dirigida á la Puerta Otomana y carácter imperioso de la misma: altiva circular publicada por el *Diario de San Petersburgo*.—La Turquía: su conducta exenta de temeridad y de debilidad: rechaza la intimación de Rusia.—Entrada de las tropas rusas en los Principados.
- VI.—Austria; de cómo sus afectos la inclinan hacia Rusia y sus intereses hacia las potencias occidentales: de cómo llega á adoptar la posición de mediadora: reunión de plenipotenciarios y origen de la conferencia de Viena.—Cuál será la base de la mediación: proyectos diversos: preferencia dada á una combinación de origen francés; esta proposición, aceptada en San Petersburgo, es enmendada en Constantinopla; irritación contra la Puerta Otomana: altanera declaración de Rusia y justificación de las aprensiones turcas.—Entrevista de Olmutz: últimos esfuerzos.—Excitaciones belicosas en Constantinopla.—Estalla la guerra entre Rusia y Turquía.
- VII.—Deseo general en Europa de prevenir ó atenuar la lucha.—Turquía y Rusia: de cómo ambas potencias desaprobaban toda idea de agresión: motivos que hacen esperar que los efectos de la guerra serán conjurados ó reducidos.—La conferencia de Viena se reúne de nuevo: protocolo de 5 de diciembre: mezcla de temor y esperanza.
- VIII.—Batalla de Sinope (30 de noviembre de 1853).—Impresión pública.—Francia; despachos del Sr. Drouyn de Lhuys; Inglaterra; la influencia pasa de los pacíficos á los belicosos; lord Aberdeen y lord Palmerston.—Acuerdo entre los gabinetes de París y Londres; orden transmitida á las flotas aliadas de penetrar en el mar Negro.—Ejecución de estas órdenes; la fragata *Retribución* delante de Sebastopol.
- IX.—De cómo la entrada de las escuadras en el mar Negro equivale casi á una declaración de guerra de las potencias occidentales á Rusia.—Notificación á San Petersburgo.—Lenguaje de Nesselrode: éste reclama condiciones iguales para los rusos y los turcos en el mar Negro. El Sr. de Brunnow en Londres y el Sr. de Kisseler en París formulan las reclamaciones del zar.—Negativa de las potencias aliadas.—Retirada de los embajadores.
- X.—La guerra es ya inevitable: rusos y franceses: guerra política y no nacional.—Supremas tentativas de conciliación: más sobre la conferencia de Viena: misión del conde Orloff cerca del emperador Francisco José y doble objeto de esta misión: carta del emperador Napoleón III al zar.—Primeros preparativos militares.—El sentimiento público: cómo se traduce: exaltación religiosa en Rusia: excitaciones ruidosas en Inglaterra: mezcla singular de firmeza y de aparente indiferencia en Francia.—Intimación de los gabinetes de París y Londres.—Cierre definitivo de las negociaciones.

I

Desde 1841, la cuestión de Oriente parecía dormir. Un debate, poco grave en apariencia, más propio para conmovir á las almas piadosas que para apasionar á las cancillerías, la despertó de pronto.

En la Edad media las naciones cristianas hicieron heroicos esfuerzos para arrebatar á los infieles los luga-

res en que había nacido, vivido y muerto el Salvador. El desaliento de lamentables derrotas, las dificultades de la empresa, las preocupaciones de los tiempos modernos y quizá la disminución de la fe amortiguaron, y apagaron después del todo, aquellos religiosos y bélicos ardores. En el siglo XVIII sólo un vestigio subsistía de las antiguas cruzadas, y era la orden de los caballeros de San Juan, refugiados, primero en Rodas y luego

en Malta, manifestando aún, de tarde en tarde, algún arriesgado proyecto inmediatamente repudiado por los hombres políticos, custodiando con fidelidad sus archivos, verdadero libro de oro de la nobleza de Occidente, y permaneciendo como los orgullosos y melancólicos testigos de un pasado desaparecido.

El espíritu de devoción había sobrevivido al espíritu de conquista. Los buques procedentes de Marsella, Génova ó Venecia, desembarcaban aún en las costas de Palestina numerosos cristianos, no ya armados de la espada como sus antecesores, sino del bastón de los viajeros; no ya soldados, sino penitentes. Subsistían en Jerusalén, Belén y Nazaret varios conventos, donde los peregrinos, cansados, indigentes ó enfermos, encontraban un asilo. Los religiosos de aquellos monasterios se complacían en tan piadosa misión, que habían ampliado. Separados de su patria, que muchos no habían de volver á ver, sumidos en la perpetua contemplación de augustos recuerdos, animados por una fe que los desdenes de los infieles avivaban aún más, cifraron su honor, su santificación y su dicha en señalar con un monumento ó con emblemas cada uno de los lugares en que, según el testimonio de los Evangelios, el Salvador puso sus plantas. Aplicáronse á preservar de los estragos del tiempo ó del fanatismo de los turcos las iglesias construídas por los cruzados; adornaron con estatuas ó imágenes simbólicas las grutas, fuentes y olivares celebrados por las Escrituras ó consagrados por la tradición. Los cruzados más ilustres fueron también objeto de aquella piadosa solicitud, y las tumbas de Godofredo de Bullón y de Balduino fueron descubiertas, restablecidas y honradas. No por hallarse lejos de Europa, eran olvidados de ésta los religiosos de la Tierra Santa. Los papas les reservaron sus más amplias indulgencias; los reyes les concedieron grandes privilegios; con frecuencia recibían dones magníficos, testimonios de gratitud de peregrinos acogidos y cuidados bajo su techo. Cada monasterio, mitad convento, mitad fortaleza, ostentaba el pabellón de su nación, y en medio de aquellos pabellones ondeaba la bandera blanca de Francia, en señal de protección, no siempre eficaz, pero más poderosa que las otras. Poco á poco la cristiandad se acostumbra á designar con el mismo nombre el sagrado suelo de la Judea y las fundaciones debidas al celo de los frailes y á las liberalidades del Occidente; les llamó los *Santos Lugares*.

Andando el tiempo, sucedió que los infieles no fueron los únicos enemigos. Al lado de los religiosos de la Iglesia latina, sumisos á la supremacía romana y ligados á las naciones de Occidente, se habían establecido en Jerusalén y en Belén comunidades de frailes griegos cismáticos que consideraban á Rusia como su natural patrona. Mientras el poderío moscovita fué poco temible, no estalló la rivalidad. A principios del siglo XVIII, habiendo crecido el joven imperio y afirmado sus miras dominadoras sobre Oriente, los religiosos griegos de Palestina proporcionaron sus ambiciones á la nueva fortuna de su protector. Solapadamente al principio y después de un modo más ostensible, empezaron á minar las franquicias seculares de la Iglesia latina. Las cosas llegaron á tal extremo que los representantes de Francia en Constantinopla reclamaron. No querían, según afirmaban, ninguna extensión de privilegios para sus correligionarios, sino una estipulación que fijase el *statu quo*

y pusiese término á las usurpaciones de los griegos. Este lenguaje fué atendido. En 1740, un tratado entre Francia y la Puerta Otomana consagró á favor de los religiosos latinos «tanto en Jerusalén, como fuera de Jerusalén y en la iglesia del Santo Sepulcro, llamada Camané, la posesión de todos los lugares de peregrinación,» y ésto; decía el tratado, «de la misma manera que los habían poseído hasta entonces (1).»

Los griegos, sutiles y tenaces, no contestaron al tratado de 1740, sino que, por el contrario, le rindieron homenaje; pero en seguida procuraron que resultase vano. Procedieron por usurpaciones sucesivas, empezando por reclamar con aparente modestia la posesión común de ciertos santuarios; no pedían, al decir de ellos, más que el simple derecho de oficiar en el altar, aunque fuese después de los latinos. Pronto quisieron oficiar los primeros y luego ser los únicos en disponer del altar. Solicitaron al principio una llave, después dos, y cuando las tuvieron todas, no las devolvieron. Aquí usurparon algunos claustros ó celdas; allí alargaron una pared para ensanchar su iglesia; en otras partes edificaron hasta entre las pilastras de una cúpula, y destruían con frecuencia lo que no podían acaparar. Cuanto más crecía la preponderancia de Rusia, más aumentaba el ardor invasor de los religiosos griegos. Mientras tanto, los padres de la Iglesia latina reclamaban; y reclamaban en términos vehementes, demasiado vehementes quizá si no se tiene en cuenta más que el origen de la querrela y no se recuerda que detrás de aquella diferencia algo mezquina se ocultaba la rivalidad de dos Iglesias y hasta la lucha de dos razas, de las cuales una gozaba de antiguo prestigio y la otra quería invadirlo todo y absorber, merced á la comunidad de símbolo, toda influencia en la suya.

Francia, á la cual se acusó más tarde de haber defendido con demasiado celo la causa de los latinos, fué largo tiempo sorda á las quejas procedentes de Jerusalén. En aquellos monasterios de Palestina sucediéronse muchos priores, renovando con infatigable perseverancia unas querrelas raramente escuchadas. Hasta 1850 no se decidió el gobierno á recordar á la Puerta las solemnes estipulaciones de 1740. El 28 de mayo el general Aupick, nuestro embajador en Constantinopla, entregó al ministro de Negocios extranjeros, Ali-Pachá, una nota que formulaba las quejas de los católicos pidiendo su reparación. Después de haber enumerado los principales santuarios y los lugares sagrados de que habían sido desposeídos los latinos, el general Aupick se comprometió á demostrar que aquellas usurpaciones eran posteriores al tratado de 1740 y contrarias, por consiguiente, á la letra del tratado mismo; en términos tan claros como cortesés apelaba á la equidad del sultán y solicitaba de su justicia la observancia de los antiguos compromisos.

Aquella reclamación, tan diferida que ya nadie la esperaba, fué acogida por el sultán con una mezcla de indiferencia y perplejidad. Poco le importaba á él que los griegos ó los latinos celebrasen sus misterios en los santuarios de Jerusalén; además parecía poco dispuesto á servir de árbitro entre dos comuniones cristianas que la ley de Mahoma le mandaba maldecir por igual.

(1) *Capitulacion de 1740*, artículo 33.

Considerando las cosas desde el punto de vista católico, la solución no dejaba de ofrecer dificultad. Se sabía que Rusia quería extender su patrimonio sobre todos los cristianos griegos y que haría suya toda afrenta que se les infiriese; y era una vecina muy osada para aventurarse á desafiarse. Por otro lado, Francia era considerada como el supremo recurso en las crisis amenazadoras de un porvenir quizá próximo; y desechando sus legítimas pretensiones se inferiría á su amor propio un sensible golpe. Era, pues, igualmente peligroso ofender á una ú otra potencia; la primera era una enemiga á la cual no convenía proporcionar ningún pretexto de ataque; la segunda era una antigua amiga cuya tradicional alianza era bueno conservar.

La contemporización es el habitual recurso de los débiles; y las acostumbradas lentitudes del Oriente se prestan muy bien á semejante política. Los turcos trataron de substraerse á fuerza de dilaciones al peligro de una resolución. Invocaron desde luego la necesidad de estudiar los *firmans* ó decretos sobre la materia. Como éstos eran muchos y contradictorios, se podía de este modo ganar mucho tiempo. El general Aupick comprendió aquel cálculo. «Poco importan los firmans, replicó con cierta altivez; lo que invocamos es el tratado de 1740, pacto bilateral contra el cual no pueden prevalecer las decisiones del Sultán.» Combatido por este lado, el gobierno musulmán alegó las numerosas épocas en que el Corán prescribe el reposo á todo buen mahometano. Terminadas las fiestas cuya celebración no había de ser turbada por los cuidados del trabajo, los ministros se hicieron invisibles ó emprendieron varios viajes. Agotados todos aquellos recursos dilatorios, tratóse de nombrar una comisión. Por extraños que fuesen á las costumbres de Oriente, los turcos no ignoraban que de los medios de aplazamiento éste es el más seguro. La comisión al principio se compuso de musulmanes y cristianos. Contra lo que se esperaba, fué casi activa. Al cabo de siete ú ocho meses había redactado un proyecto de arreglo que el Sr. de La Valette, que había sucedido al general Aupick, juzgó digno de aprobación. Este proyecto no reconocía á los latinos todos los derechos que les concedían las capitulaciones de 1740; dejaba generosamente á los griegos el beneficio de algunas de sus usurpaciones, y aseguraba á aquellos no tanto una posesión exclusiva como una posesión común de los santuarios contestados. Pero, aun con tales reservas, éste era casi un éxito para los católicos, y el gabinete de París, hartó cansado de tan enojosas discusiones, no deseaba nada más. Intérprete de las miras de su gobierno, el Sr. de La Valette mostróse satisfecho, y se pudo esperar que se calmaría la querrela. Corría entonces el mes de octubre de 1851, y aquella primera fase de los debates había durado más de año y medio.

Lo que la Puerta había temido se realizó. Las satisfacciones dadas á los católicos, con todo y ser tan incompletas, no dejaron á Rusia indiferente. A la noticia del convenio que estaba próximo á concluirse, el señor de Titof, embajador del zar, corrió en busca de Alí-Pachá y le dijo que no ultimase nada sin que él hubiese informado al gobierno de San Petersburgo. A la respuesta evasiva del ministro turco Titof replicó en tono de amenaza: «Toda infracción del *statu quo* será considerada por mi amo el emperador como atentatoria á su

dignidad, y no tardarán sus protestas oficiales.» Y añadió, acalorándose cada vez más: «Decididamente veo que la Puerta acepta el protectorado de Francia.» Allí contestó con altivez que su soberano no aceptaba el protectorado de nadie (1). Aquel acceso de la vieja altivez turca duró poco. Por aquellos días llegó á la Sublime Puerta una carta autógrafa del zar, carta cortés, pero bastante conminatoria para despertar temores en un vecino débil, mal preparado para la lucha y ya víctima de la mala fortuna. Del miedo á Francia, la infeliz Turquía cayó en el miedo á Rusia y ya no pensó más que en retirar á los católicos lo que acababa de concederles. Para disimular aquel retroceso fingió la necesidad de una información parlamentaria. Substituyó la primera comisión mixta por otra comisión puramente musulmana. El único programa consistió en indemnizar á Francia con el menor sacrificio posible y evitar á toda costa la irritación de la poderosa Rusia. El 9 de febrero de 1852, un firmán que pretendía conciliar las decisiones de los sultanes con el derecho derivado de los tratados reglamentó los privilegios de los latinos, reduciéndolos á la doble facultad de oficiar en el sepulcro de la Virgen en Jerusalén y tener tres llaves de la iglesia de la Natividad en Belén.

Afortunadamente para Turquía, Francia deseaba esquivar á toda costa tan fastidiosos debates, y el menor sacrificio bastaba para satisfacerla. Examinada en conjunto, la cuestión de los Santos Lugares no carecía de grandeza; pero en sus detalles ofrecía el aspecto de una discusión, no religiosa, sino simplemente litúrgica, que, bajo ciertos aspectos, se prestaba al ridículo. Esto lo comprendían muy bien en París y en Constantinopla. Ambos gobiernos juzgaban que semejantes incidentes no podían determinar una ruptura diplomática. El Austria, muy celosa del protectorado francés en Oriente, veía con maliciosa satisfacción las cargas inherentes á este protectorado. Los representantes de las potencias católicas de segundo orden seguían á Francia, pero sin celo. En cuanto al embajador de Inglaterra, nuestras dificultades sólo despertaban en él un sentimiento de alegre ironía. Así rodeado, el Sr. de La Valette no pensaba más que en salir del paso sin derrota; estaba resuelto á darse por satisfecho con la menor concesión. Por esto se apresuró á aceptar las humildes ventajas que le concedía el firmán de 9 de febrero; después de lo cual pidió unos cuantos meses de licencia, contento de poder olvidar á griegos y latinos, á turcos y rusos, y de dejar á otros el cuidado de estudiar la enojosa cuestión de los Santos Lugares.

La doblez turca reservaba otras sorpresas á la diplomacia. El buque en que marchaba el Sr. de La Valette aún no había pasado los Dardanelos, cuando la Puerta Otomana publicó en favor de los griegos un firmán secreto que consagraba el *statu quo* y destruía implícitamente las modestas concesiones consentidas en favor de los latinos. Durante algún tiempo ambas partes se creyeron privilegiadas y reinó la tranquilidad. Pero en septiembre de 1852, Aff-Bey, comisario de la Puerta, fué enviado á Jerusalén para determinar sobre el terreno los derechos respectivos de las dos comuniones, y

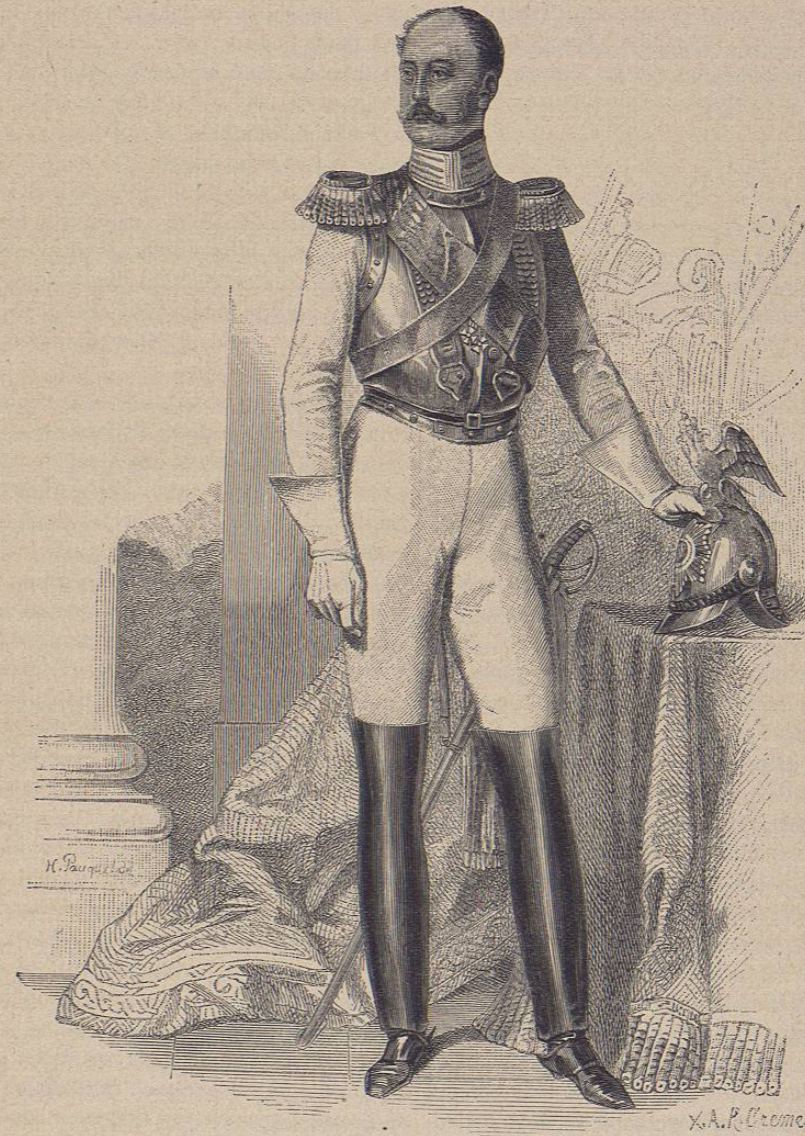
(1) Véase el despacho de sir Stratfort á lord Palmerston, 5 de noviembre de 1851 (*Correspondence respecting the rights privileges of the Latin and Greek Churches*, parte I, pág. 29).

se descubrió la superchería. Latinos y griegos se irritaron. El cónsul general de Rusia, Sr. Basily, envió un agregado de legación á Constantinopla para que exigiera explicaciones, al mismo tiempo que denunciaba á San Petersburgo los procedimientos turcos.

No es fácil seguir el hilo de aquella fastidiosa intriga. Rusia puso su amor propio en que el firmán favorable

comprendo, decía Nesselrode en San Petersburgo, que los turcos prefieran unos cuantos centenares de turistas católicos romanos á sus millones de súbditos griegos (1).»

En tales coyunturas, ya casi graves, cupo al gobierno francés el honor de llevar al último extremo el espíritu de conciliación: había reducido sus justas exigencias al



Nicolás I de Rusia

á los griegos fuese leído solemnemente en Jerusalén á las comunidades reunidas. Francia, considerando esta solemne promulgación como una derrota, quería que el firmán fuese simplemente registrado. Se transigió conviniéndose que los firmans serían leídos, pero ante un reducido auditorio, compuesto del pachá, los patriarcas y algunos funcionarios. Quedaba en pie la cuestión relativa á las llaves de la iglesia de Belén y la de una estrella de plata que los latinos habían colocado en el templo en memoria de la estrella misteriosa que anunció el nacimiento de Jesús, y que los griegos habían hecho desaparecer. Las sutilezas de una y otra parte no hacían más que agriar la cuestión. Mientras tanto Rusia iba armando en las provincias meridionales. «No

punto de contentarse con unas concesiones más nominales que reales. Además el Sr. Drouyn de l'Huys, ministro francés de Negocios extranjeros, pensaba reemplazar al Sr. de La Valette por un diplomático ajeno á las pasadas querellas y á los antiguos rozamientos; y como lord Cowley, ministro de Inglaterra en París, recomendase la idea de una inteligencia directa entre Francia y Rusia sobre la cuestión de los Santos Lugares, aquella combinación fué acogida con entusiasmo por el gabinete de las Tullerías. «No queremos extremar nuestros derechos, decía en enero de 1853 Drouyn de l'Huys

(1) Despacho de sir Hamilton Seymour á lord Malmesbury, 31 de diciembre de 1852 (*Correspondence respecting the rights privileges of the Latin and Greek Churches*, parte I, pág. 55).

al Sr. de Kisselef, embajador de Rusia; seamos conciliantes (1).»

¿Cuál hubiera sido el resultado de aquella negociación directa? Creer que hubiese podido fracasar sería ofender á la prudencia ó á la habilidad de la diplomacia. Pero aquella negociación no se entabló. En la larga historia de las complicaciones orientales, la cuestión de los Santos Lugares no es más que un prólogo: el drama va á empezar. Al mismo tiempo que Drouyn de l'Huys empleaba en París el lenguaje sensato que acabamos de referir, el primer acto de ese drama se desarrollaba en San Petersburgo.

II

El emperador Nicolás, que gobernaba entonces en Rusia, ocupaba un lugar aparte entre los soberanos de Europa. Mientras el espíritu de reforma sacudía todos los tronos, la veneración de sus pueblos le ponía casi á la altura de un dios. Su autoridad, curiosa mezcla de despotismo asiático y de teocracia cristiana, de omnipotencia administrativa y dictadura militar, no tenía más límites que su voluntad. Ningún Parlamento fiscalizaba sus actos; ninguna institución nacida de la costumbre contenía su poder. Los más altos personajes de su corte habían conservado, en medio de sus elegancias nuevas, cierto perfume de servidumbre; de modo que ninguna existencia hacía sombra á la suya, como ninguna montaña cortaba las inmensas llanuras de sus Estados. El clero le reconocía por su jefe espiritual, acabando con esto de hacer sagrados sus designios. La única manifestación del espíritu público en aquellas remotas regiones eran las revoluciones palaciegas; pero, á su advenimiento al trono, el zar, con su desapiadada energía, parecía haberlas conjurado para mucho tiempo. Su largo reinado había aumentado su prestigio. El Imperio moscovita, que tanto se había extendido de un siglo á esta parte, le había valido nuevas conquistas en Asia y nuevas ventajas sobre los turcos. Relegado lejos del Occidente, en vez de sufrir por este alejamiento, sacaba de él grandes ventajas. A tal distancia, los abusos parciales y las miserias individuales desaparecían ó se fundían en un conjunto severo y majestuoso. Se ignoraban los recursos reales de aquellos vastos territorios que se extendían hasta perderse de vista más allá del Ural, y como la inmensidad hace nacer la idea del infinito, la gente se inclinaba á creer que aquellos recursos eran ilimitados. El emperador Nicolás no desperdiciaba medio de acreditar tan alta opinión. Raramente se exhibía á Europa; y cuando se dejaba ver era en medio de un aparato propio para inspirar una admiración no exenta de temor.

Como las grandes potencias desdeñaban algo la unión de los Romanof, de origen algo reciente y de religión cismática, la casa imperial de Rusia había contraído sus alianzas matrimoniales entre las familias principales de la Confederación germánica, creándose de este modo en el centro de Europa una clientela de soberanos

(1) Despachos de lord Cowley á lord Malmesbury, 30 de diciembre de 1852 y 6 de enero de 1853 (*Correspondence respecting*, etc., parte I, págs. 53 y 55).—Despacho del Sr. Drouyn de l'Huys al Sr. de Castelbajac en San Petersburgo, 15 de enero de 1853.

de segundo orden que estaban orgullosos de su benevolencia y que, temerosos de París y soportando mal á Berlín y Viena, se acostumbraban á recibir la consigna de San Petersburgo.

En 1848 había crecido aún la autoridad de Nicolás. Todo temblaba entonces en Europa. Francia había abolido la realza. El emperador Fernando, huyendo de Viena, se refugió en el fondo del Tirol. El rey de Prusia se inclinaba ante sus súbditos rebeldes. Londres veía pasar por sus calles los motines cartistas. Pío IX buscaba un asilo en Gaeta. Hasta las poblaciones más pacíficas de Alemania tenían sus revueltas. Sólo Nicolás reinaba tranquilo, tanto que, no contento con asegurar el orden en su imperio, podía proveer á la seguridad de sus vecinos. Probó el año siguiente acudiendo en auxilio del joven emperador Francisco José, sojuzgando á la Hungría sublevada y devolviéndosela sin pedir ni aceptar recompensa alguna, aspirando solamente á ser, en medio de la Europa revuelta, el restaurador de los tronos y el inspirador de la nueva Santa Alianza.

Este príncipe no había escapado á la infatuación, fruto y castigo á la vez del poder absoluto. Pero sus caprichos despóticos se cernían tan alto, que cesaban de ser odiosos ó vulgares é imponían naturalmente la obediencia. Se adivinaba que aquellos caprichos, aun los más injustificados y funestos, adquirirían cierto color de obediencia santa. Pontífice y jefe civil á un mismo tiempo, crefáse de buena fe el representante del poder divino. Aislado por su rango, sin recibir generalmente más consejos que los que él mismo tenía á bien provocar, y desconfiando de ellos, se había acostumbrado á buscar en Dios la luz, y en las horas solemnes de su vida no dudaba que sus resoluciones le eran dictadas por el cielo. De ahí todos los peligros y al mismo tiempo todas las grandezas del misticismo; de ahí ciertas ilusiones que nadie lograba disipar porque se confundían con una especie de alucinación sagrada; de ahí una elevación de miras que desconcertaba la marcha ordinaria de la política; de ahí un lenguaje semi bíblico, semi militar, que resonaba con un sonido insólito en las cancillerías y despertaba del uno al otro confín de la Santa Rusia, un religioso entusiasmo. La vida ordinaria del príncipe respondía bastante á sus austeras ideas. Pudiendo vivir en medio de delicias, trataba duramente á su cuerpo, y si se abandonaba á veces al placer con una embriaguez que no conocía resistencias, no por eso dejaba de desempeñar su papel de monarca. En tan difícil papel encontraba menos goces que cuidados. Nicolás brillaba por un magnífico conjunto de cualidades soberanas, aunque no poseía la verdadera sagacidad del hombre de Estado. Cuando se aplicaba á los negocios lo hacía con un espíritu de sutileza que se hermanaba mal con su franqueza ordinaria. El estado interior de su imperio era para él un motivo de perenne tristeza. Bajo las pomposas apariencias que deslumbraban á Europa adivinaba secretas y crueles debilidades. Vislumbraba abusos que no podía precisar. Oía vagamente, sin percibirlos del todo, los gritos de sufrimiento que trataban de llegar hasta él. No ignoraba que, á pesar de sus reformas, su vasto imperio estaba gobernado por una administración venal, y que diariamente se cometían iniquidades en su nombre. En su cólera, á veces exageraba las co-

sas, creyendo en una falta de probidad universal; entonces imponía algunos castigos ejemplares; pero como la verdad no llegaba hasta él sino incompleta y alterada, sus rigores no alcanzaban siempre á los más culpables, y sin remediar nada, le valían una reputación excesiva de brusquedad y dureza. De los atributos del poder soberano sólo uno le gustaba completamente, y era el cuidado de las cosas del ejército. Si prescindía alguna vez de la etiqueta era en favor de sus generales, y nunca era más abordable que cuando iba de uniforme. Como á los antiguos reyes de Prusia, le gustaba la precisión de las maniobras militares casi automáticas, la regularidad de los trajes y el brillo de los cascos dorados. Quizá aquella actividad era también para él un medio de escapar á sus ideas, porque, á pesar de tantas prosperidades, aquel hombre omnipotente estaba triste, y su tristeza era la tristeza de las altas cimas, la tristeza de una saciedad suprema, la tristeza de sentir un velo entre él y el mundo real. Para sacudir su tristeza, se refugiaba á veces en el romanticismo, se recogía en el seno de la familia y se deshacía en ternura. En otras ocasiones notábase en su rostro una expresión extraña, sombría, como si llevase algún vestigio de aquel extravío mental de que se habían visto varios ejemplares entre los Romanof. «Hay algo de salvaje en el zar,» decía en 1844 la reina Victoria (1). Con los años fué haciéndose más visible aquel humor inquieto, ya porque el espíritu del monarca sufriese ya algunas de las funestas influencias transmitidas en su raza, ya porque algún gran designio, medio religioso, medio político, preocupase su alma al extremo de absorberla enteramente.

A principios de 1853 Nicolás no había perdido nada de su prestigio. A juzgar por las apariencias, su actitud no difería mucho de la que había observado hasta entonces. Su programa era el mismo, programa ultraconservador y pacífico, con un matiz de protección altiva; abrigaba los mismos deseos de engrandecimiento, pero sin violentas infracciones de los tratados; era fiel al sistema de íntima alianza con las potencias alemanas, de cordialidad con Inglaterra y de frialdad, aunque no hostil, con Francia. Tal era la superficie. Profundizando las cosas se presentía un cambio alarmante. En la cuestión de los Santos Lugares la diplomacia moscovita manifestaba una irritación celosa que la escasa importancia del litigio justificaba muy poco, pero que tenía su explicación si se deseaba convertir en querrela un simple incidente de cancillería. Restablecido el imperio en Francia, Nicolás, sin protestar abiertamente, no ocultó su desagrado. En San Petersburgo se hablaba aún de equilibrio europeo, pero con una especie de restricción mental, como si aquel principio de equilibrio, excelente para todos los demás Estados, no hubiese sido oponible á las usurpaciones de la santa Rusia. Además los sentimientos del emperador, más bien adivinados que conocidos, inspiraban á los espíritus más perspicaces una ansiedad, vaga y mal definida aún, pero tan viva que no se podía disimular. El poderosísimo autócrata había pasado de la edad madura: hasta entonces se había distinguido más por el pomposo aparato de su poder que por las pruebas de su genio: los home-

(1) *The life of prince consort*, by Théodore Martin, tomo primero, pág. 219.

najes por él recibidos eran superiores á las grandes cosas realizadas por él: era de presumir que el recuerdo que dejase á la posteridad no sería enteramente igual al brillo que sobre su siglo había proyectado. Ya en su declive (pues ningún individuo de su familia había llegado á la vejez), sin tiempo ya para esperar, demasiado ciegamente obedecido para temer ningún obstáculo, ¿no era de sospechar que antes de terminar su carrera quisiese dar consistencia á algún proyecto grandioso y coronar su destino con un afortunado golpe de audacia? No eran más que conjeturas, pero plausibles merced á ciertas confidencias, y verosímiles sobre todo para quienes conocían el alma mística y fogosa del zar.

No faltaban razones para que los optimistas se tranquilizasen. Si Nicolás hubiese abrigado algún ambicioso designio, por ejemplo contra Constantinopla, ¿no lo hubiese realizado en 1848 ó en 1849, cuando Europa, en plena revolución, era incapaz de oponerse á ello? ¿Hubiese esperado el momento en que cada gobierno, amo tranquilo en su casa, podía dirigir una mirada vigilante más allá de sus fronteras? Varios de los diplomáticos acreditados en la corte de Rusia no querían creer en una próxima tormenta y pronosticaban á lo sumo algunas pasajeras complicaciones. ¡Cosa extraña!, el más confiado de todos era el embajador de Francia, general de Castelbajac, á quien Nicolás, por cálculo ó por simpatía personal, colmaba de atenciones y que se dejaba subyugar por ellas. En sus despachos á la corte de las Tullerías, señalaba con una complacencia un poco cándida los progresos de su favor. «No es aún la intimidad de en tiempo de Carlos X, escribía el general, pero son ya relaciones mucho mejores que en tiempo de Luis Felipe. El emperador Nicolás está por encima de las rapacerías políticas (2).» En 12 de enero, el Sr. de Castelbajac fué recibido por primera vez por el zar después del reconocimiento del nuevo Imperio francés, y Nicolás le felicitó, le abrazó, le habló de Napoleón III en términos excelentes, señaló la cuestión de los Santos Lugares, pero de paso; cierto es que habló un poco de los *miserables turcos*, pero guardándose de insistir sobre tan desagradable asunto. El Sr. de Castelbajac, incapaz de sospechar una segunda intención, se apresuró á transmitir á París aquellas buenas noticias que le parecían el presagio de relaciones íntimas entre ambos países.

¿Quién penetraba mejor en aquel momento las secretas intenciones del zar, los optimistas ó los recelosos? El porvenir había de justificar, por desgracia, las previsiones más inquietas. Nicolás se decidía ya á dar cuerpo á sus proyectos ambiciosos, se proponía aliarse con Inglaterra, por no decir á tomarla como cómplice. Tres días antes de aquella cordial audiencia que tan placenteramente relató el Sr. de Castelbajac, he aquí lo que había ocurrido en el palacio de la gran duquesa Elena.

Era el 9 de enero de 1853. En medio del vaivén de una gran reunión, el emperador Nicolás se acercó al embajador de Inglaterra, Sir Hamilton Seymour, le felicitó por la constitución del nuevo ministerio que, en 26 de diciembre, había sucedido al gabinete de lord

(2) Despacho publicado por M. Rothan, *Recuerdos diplomáticos* (*Revue des Deux Mondes*, 1.º de octubre de 1888, pág. 521).